

Estudios sobre las Culturas Contemporáneas

Universidad de Colima

pcultura@cgic.ucol.mx

ISSN (Versión impresa): 1405-2210

MÉXICO

2002

Fernando Vizcarra

PREMISAS Y CONCEPTOS BÁSICOS EN LA SOCIOLOGÍA DE PIERRE BOURDIEU

Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, diciembre, año/vol. VIII, número 016

Universidad de Colima

Colima, México

pp. 55-68

PREMISAS Y CONCEPTOS BÁSICOS

en la sociología de
Pierre Bourdieu

Fernando Vizcarra

La teoría de los campos de Pierre Bourdieu se fundamenta en la idea de que existen leyes generales de funcionamiento de la sociedad que se pueden analizar independientemente de las características particulares de los individuos. Para ello, a partir de algunos preceptos esenciales del marxismo, Bourdieu reconoce que el mundo social está condicionado por

...estructuras objetivas, independientes de la conciencia y de la voluntad de los agentes, que son capaces de orientar o de coaccionar sus prácticas o sus representaciones (Bourdieu, 2000^a:127),

y propone el concepto de *campo* no sólo como un esquema básico de ordenamiento de las realidades sociales y particularmente culturales y simbólicas, sino también como una herramienta de recorte metodológico. Si bien es oportuno reconocer, entonces, que su teoría sociológica responde a premisas centrales del marxismo, como la concepción de que la sociedad está estructurada en clases y que las relaciones sociales son relaciones de lucha, sus trabajos incorporan, sin embargo, otras perspectivas teóricas originales enfocadas a estudiar los sistemas simbólicos.

Si la investigación social inscrita en la tradición marxista había privilegiado, hasta hace tres décadas, la orientación economicista con énfasis en el espacio de la producción, los trabajos de investigación empírica de Bourdieu, por su parte, atendieron la dimensión cultural destacando el ámbito del consumo. En efecto, su enfoque estructural y constructivista

reconoce que las clases sociales responden tanto a una base económica como a un sistema simbólico determinante en las relaciones de poder. De este modo, como apunta Pierre Ansart en su revisión de la obra de Bourdieu:

El análisis estructural de las relaciones de clase supone estudiar simultáneamente las relaciones económicas y las prácticas culturales, con la premisa de que están íntimamente ligadas y de que se reproducen sin cesar formas de interiorización de la exterioridad y formas de exteriorización de las subjetividades (Ansart, 1992:167).

Desde esta óptica, la comprensión de los procesos socioculturales sólo es posible si se establecen los puentes metodológicos que articulen los niveles estructurales de la sociedad con las prácticas particulares de los actores, en una relación dialéctica. Por lo tanto, una representación estructural de la sociedad es pertinente sólo si constituye un primer momento del proceso de investigación y análisis, ya que por sí sola no permite la comprensión del sentido social de los actos individuales o grupales en escenarios específicos. Igualmente, la representación fenomenológica del comportamiento social, derivada de la investigación empírica, debe ser analizada en el marco de una teoría del sistema social, para evitar particularismos o subjetivismos etnológicos. Se trata de reconocer que las interacciones –aquello que se observa, se registra, se mide– ocultan las estructuras que las posibilitan y las condicionan. Al respecto, Bourdieu establece:

Es uno de los casos donde lo visible, lo que es inmediatamente dado, esconde lo invisible que lo determina. Se olvida así que la verdad de la interacción no está nunca toda entera en la interacción tal como ella se ofrece a la observación (Bourdieu, 2000^a:130).

De este modo, sus estudios combinan la meditación teórico filosófica con análisis estadísticos y etnográficos, y utiliza diversas fuentes poco valoradas por investigadores ortodoxos, como la fotografía y otros materiales *informales*, sometiendo los datos a un riguroso ejercicio de reflexión crítica. Así, el arte, la moda, los museos, el deporte o la vida escolar se convierten en objetos de estudio para responder, de acuerdo con Néstor García Canclini, a dos preguntas esenciales:

1. ¿Cómo están estructuradas –económica y simbólicamente– la reproducción y la diferenciación social? 2. ¿Cómo se articulan lo económico y lo simbólico en los procesos de reproducción, diferenciación y construcción del poder? (García Canclini, 1990:14).

Para delimitar los escenarios de las prácticas culturales y establecer esquemas ordenadores de las relaciones entre lo económico, lo simbólico y el poder, Bourdieu propone algunos conceptos como campo, habitus, capital y poder simbólico que a continuación revisaremos en sus contenidos esenciales, retomando sobre todo algunos ejemplos relacionados con el campo del arte y la literatura, frecuentemente abordado por este autor.

El campo como espacio social estructurado

Desde la perspectiva teórico metodológica de Pierre Bourdieu, un campo es un espacio social estructurado y estructurante compuesto por instituciones, agentes y prácticas. Está estructurado en la medida en que posee formas más o menos estables de reproducción del sentido, desplegando así un conjunto de normas y reglas no siempre explícitas que establecen lógicas de relación entre los agentes adscritos. Los principios de funcionamiento de los campos son asimilados por los sujetos a través de procesos complejos de socialización que hacen de estos espacios *estructuras estructurantes*. Aquí los sujetos incorporan activamente aquellas nociones fundamentales que orientan la racionalidad de sus actos y, simultáneamente, contribuyen a estructurar y reestructurar permanentemente los sentidos del mundo, produciendo así formas reconocibles de relación social. Bourdieu confirma, entonces, que los

agentes tienen una captación activa del mundo. Sin duda construyen su visión del mundo. Pero esta construcción se opera bajo coacciones estructurales (Bourdieu, 2000^a:133).

Es decir, los sujetos se hallan inscritos en espacios sociales estructurados y dinámicos, a los que responden y son capaces de modificar mediante la constante transformación del habitus. Son los campos, por lo tanto, los espacios sociales de estructuración y articulación histórica de las colectividades. Así, podemos hablar del campo científico, del campo de la moda, del campo religioso, del campo de la política, del campo del arte, etcétera. En este orden, mientras los espacios sociales permanezcan constituidos por instituciones, agentes y prácticas, consecuentemente podremos hacer recortes metodológicos más precisos. Será pertinente, entonces, debatir sobre el campo de las artes visuales o del campo de las artes escénicas o del campo de producción literaria o, con mayor delimitación, del campo de la poesía.

Las estructuras de los diversos campos que constituyen la sociedad, son desiguales y desniveladas. Existen campos que han experimentado a

lo largo de la historia contradictorios procesos de especialización y expansión, convirtiéndose así en grandes centros de acopio y organización de la energía social. Otros, en cambio, sobreviven gracias a la vitalidad de unas cuantas cofradías, y muchos otros se han diluido o han sido sepultados en las arenas del tiempo. El campo religioso, por ejemplo, será mayor en términos de públicos, recursos, organización e influencia social, que el campo de la danza contemporánea. Y hacia dentro de la religión, en determinadas regiones del orbe, el campo del catolicismo tendrá predominio sobre otros campos religiosos.

Concebidos como espacios multidimensionales donde lo simbólico tiene una importante función reproductora, los campos administran y orientan la energía social y son capaces de construir aspiraciones e imaginarios colectivos. Estas estructuras de mediación, donde se forman tanto públicos como redes ideológicas, fundamentan su articulación no sólo en leyes y normas de relación entre los actores sociales, sino, principalmente, en un conjunto de valores compartidos que alimentan de manera decisiva el sentido de la vida. Bourdieu lo expresa así:

Un campo se define, entre otras formas, definiendo aquello que está en juego y los intereses específicos, que son irreductibles a lo que se encuentra en juego en otros campos o a sus intereses propios (no será posible atraer a un filósofo con lo que es motivo de disputa entre geógrafos) y que no percibirá alguien que no haya sido construido para entrar en ese campo (cada categoría de intereses implica indiferencia hacia otros intereses, otras inversiones, que serán percibidos como absurdos, irracionales, o sublimes y desinteresados). Para que funcione un campo, es necesario que haya algo en juego y gente dispuesta a jugar, que esté dotada de los habitus que implican el conocimiento y reconocimiento de las leyes inmanentes al juego... (Bourdieu 1990:136).

De este modo, un campo está constituido por la existencia de capitales comunes y por un conjunto de estrategias de lucha que tienden a la apropiación de los mismos. En el marco de su relativa autonomía, resultado de su propia evolución histórica, cada campo elige y jerarquiza las formas de expresión y desarrollo del conflicto, fija los roles, además de los niveles de participación de los actores en la estructura social y establece los mecanismos de confrontación de individuos y grupos que, simultáneamente, producen y reproducen el sentido y la creencia en el valor de sus propias acciones. Al configurar históricamente normas de relación y procedimientos de lucha no siempre explícitos, los campos tienden a evitar su propia disolución o exterminio, heredando, así, pasiones, compromisos, ideales y deberes a las siguientes generaciones. La confrontación de actores y grupos sociales, condicionada por la desigualdad en las posiciones y relaciones de fuerza, expresa, en este senti-

do, tanto la búsqueda de poder como de legitimidad al interior de cada campo y frente a la sociedad en su conjunto.

Los campos como sistemas de relaciones de fuerza

Herederero de las teorías del conflicto, Pierre Bourdieu concibe a la sociedad como "un sistema de relaciones de fuerza y de sentido entre los grupos y las clases" (Bourdieu; Passeron, 1970:20, citado en García Canclini, 1990). Desde su óptica, lo simbólico es un ámbito central del poder, además de un elemento que define y explica la dimensión cultural de las relaciones sociales. De esta manera, organizados bajo la rectoría de los agentes más dotados, aquellos que legitiman, califican y ofrecen proyectos y objetos viables, los campos son espacios de discrepancia y pugna entre grupos de agentes que sostienen diferentes perspectivas sobre el funcionamiento, los objetivos y las orientaciones al interior de cada uno de estos ámbitos. Aunque el sistema de luchas que constituye cada campo a veces no es evidente, la estructura de estos espacios impone reglas determinadas para la expresión de los conflictos. De esta forma, la lucha responde a normas establecidas que tienden a conservar y transformar los sistemas dominantes de relación social. Dado que estos espacios son estructuras jerárquicas, las luchas que se verifican en su interior están determinadas por la desigualdad de las fuerzas en tensión. En efecto, tanto al interior como al exterior de cada campo, las diferentes estrategias de actores y grupos en pugna responden a la desigual disposición de recursos, movilidad, acceso a diversos medios, influencia sobre otros contingentes, capacidad de establecer alianzas, de legitimar argumentos y visiones, etc. Se trata de un complejo juego entre ortodoxos y herejes que Bourdieu describe así:

Aquellos que monopolizan el capital específico, que es el fundamento del poder o de la autoridad específica característica de un campo, se inclinan hacia estrategias de conservación, mientras que los que disponen de menos capital (que suelen ser también los recién llegados, es decir, por lo general, los más jóvenes) se inclinan a utilizar estrategias de subversión... (Bourdieu 1990:137).

Tanto las estrategias de conservación como las de subversión varían según el desarrollo histórico de cada campo, de sus márgenes de autonomía relativa, así como de las modalidades y lógicas de expresión y orientación del conflicto. Un campo, entonces, es un espacio multidimensional de *toma de posiciones* que los sujetos constituyen y a través de los cuales son constituidos como agentes, es decir, como hacedores

de relaciones sociales específicas en torno a problemáticas compartidas. En este sistema común de referencias, se definen simbólicamente y objetivamente todos aquellos involucrados. Es aquí donde las interacciones tienden a hilvanar complejas redes de tensión y complicidad, cuyo sentido no podrán reconocer y entender quienes no posean el *habitus* necesario que demanda el juego. Así se construyen los universos sociales donde los agentes ponen *cuerpo y alma*, invierten tiempo, dinero, energía, vida. El campo es el territorio social y simbólico del consumo, de los oficios y habilidades, del ocio, de los sueños y aspiraciones, de los temas de conversación y discrepancia. Habrá prácticas y escenarios cotidianos entrañables, cargados de valor y de memoria. Otros, en cambio, parecerán ajenos, incomprensibles, provocarán el extrañamiento o la indiferencia. Además de los otros universos que ni siquiera serán percibidos. Cada visión del mundo es una división, cada elección, múltiples renuncias. Así lo explica Bourdieu:

... toda la gente comprometida con un campo tiene una cantidad de intereses fundamentales comunes, es decir, todo aquello que está vinculado con la existencia misma del campo; de allí que surja una complicidad objetiva que subyace en todos los antagonismos. Se olvida que la lucha presupone un acuerdo entre los antagonistas sobre aquello por lo cual merece la pena luchar (...). Los que participan en la lucha contribuyen a reproducir el juego, al contribuir, de manera más o menos completa según los campos, a producir la creencia en el valor de lo que está en juego. Los recién llegados tienen que pagar un derecho de admisión que consiste en reconocer el valor del juego y en conocer ciertos principios de funcionamiento del juego” (Bourdieu 1990:137).

De hecho, la estructura de cada campo pone en evidencia el estado de la relación de fuerzas entre los actores y grupos internos que intervienen en la lucha, pero también entre los distintos campos de la sociedad en un contexto más amplio. Puesto que la autonomía de los campos es relativa, en las múltiples arenas de lo social podemos observar cotidianamente las pugnas entre éstos, ya sea por el control de un tipo de valor o capital específico, por la defensa de intereses determinados o por la ratificación de las fronteras entre los poderes en turno. Asimismo, podemos atestiguar las diversas alianzas, los pactos o los acuerdos estratégicos para la coexistencia de los mismos y la reorientación permanente de la tensión social. En este caso, por ejemplo, sabemos que el campo de producción artística inició su proceso de autonomización relativa a partir del Renacimiento, y fue estableciendo sus propias fronteras con el desarrollo de las sociedades capitalistas, debilitando sus vínculos originales con otros ámbitos como el religioso o el político. Toda la historia del campo está presente en las obras, las biografías, las tendencias y los

conflictos. Así que para acceder al universo del arte, tanto el productor como el consumidor deben dejarse poseer por la historia misma del campo.

El derecho de entrada que todo recién llegado tiene que satisfacer no es más que el dominio del conjunto de las experiencias adquiridas que fundamentan la 'problemática vigente'. Cualquier cuestionamiento surge de una tradición, de un dominio práctico o teórico de la 'herencia' que está inscrita en la estructura misma del campo, como un 'estado de cosas', oculto por su propia evidencia, que delimita lo pensable y lo impensable y que abre el espacio de las preguntas y las respuestas posibles (Bourdieu, 2002:361).

Podemos afirmar, entonces, que la conformación del campo del arte responde a procesos históricos donde el sentido de la creación artística (junto con sus productos) se ha venido transformando en relación con las particularidades de cada escenario de conflicto. En estos dominios, que Pierre Bourdieu (fiel a la tradición del pensamiento francés) exploró con pasión y rigor sociológico, no sólo desde el espacio de la producción artística sino también desde los horizontes del consumo cultural, el valor de una obra en particular no estriba, de manera aislada, en el costo de producción, la técnica, la materia prima o el tiempo invertido por el creador, tampoco reside en el oficio y trayectoria del artista, ni en el prestigio del medio de difusión o de comercialización, ni en la valoración del crítico, ni en el reconocimiento de una comunidad de homólogos, ni en las leyes del mercado, sino en la convergencia de conflicto, contradictoria y desnivelada de todos estos factores, y muchos más, que conforman la dinámica propia del campo de producción artística. Es en el campo del arte, entonces, donde se gesta continuamente el valor de las obras y la creencia en este valor, y donde se libra una lucha incesante y, gracias a la configuración del habitus, no del todo consciente (o aparentemente *desinteresada*), en torno a la apropiación de posiciones privilegiadas y al reconocimiento entre los agentes, grupos y tendencias vinculados con las diversas formas de producción artística.

Campos y capitales

Los campos liberan energía social que se traduce en un tipo de capital concreto, es decir en un tipo de valor. La fortaleza de cada campo estriba en la capacidad de producción, difusión y preservación de determinados capitales que sólo tendrán valor dentro de los límites de este espacio. Aún así, existen capitales que pueden tener valor en diferentes cam-

pos, pero bajo ciertas condiciones. El capital es la riqueza del campo y su apropiación y control el objeto de la lucha. En este escenario, podemos identificar, en un primer momento, tres tipos de capital: económico, social y cultural. En un segundo momento es posible distinguir tres estados del capital cultural: objetivado, subjetivado e institucionalizado. Estos son los poderes sociales fundamentales que ratifican su dimensión simbólica cuando son percibidos y reconocidos como legítimos.

En consecuencia, la posición de los individuos en un campo específico está determinada por su volumen de capital económico (dinero, bienes, propiedades, inversiones, etc.), capital social (relaciones, contactos, membresías, parentescos, etc.) y capital cultural (información, saberes, conocimiento socialmente validado, etc.). Asimismo, por el volumen de capital cultural objetivado (libros, hemerografía, archivos, bases de datos, música, videos, objetos de arte, etc.), de capital cultural subjetivado (consumo, apropiación, interiorización de la cultura objetivada) y de capital cultural institucionalizado (títulos, constancias, certificados, diplomas y otras formas de acreditación institucional). Un *currículum vitae*, para citar un ejemplo, sería la expresión documentada de la trayectoria y especialización de un agente en uno o varios campos específicos, mediante la validación de un capital cultural institucionalizado. Igualmente, "los títulos escolares representan verdaderos títulos de propiedad simbólica que dan derecho a ventajas de reconocimiento" (Bourdieu, 2000^a:138). Debemos recordar, además, que ningún capital se construye de manera independiente; por el contrario, cada uno puede producir un efecto multiplicador sobre los otros. Así, una amplia red de vínculos puede facilitar el acceso al capital económico y al capital cultural, y viceversa. El rendimiento de los capitales supone estrategias de inversión de energía social destinada a la reproducción de las relaciones sociales dominantes.

Sin embargo, de acuerdo a la premisa de que todos los capitales poseen una dimensión simbólica, es importante subrayar que cada campo elige las formas de valoración, producción, transmisión y conservación de su propio capital. De este modo, cierto tipo de bienes, relaciones sociales o saberes tendrán valor específico en campos concretos. El capital cultural de un poeta con cierto reconocimiento social, por ejemplo, seguramente tendrá poca o nula relevancia para el funcionamiento del sistema financiero. Igualmente, la opinión del presidente de la república sobre la calidad de determinado novelista, poco o nada influirá (a pesar de su capital social) en los criterios que se debaten en el corazón del campo literario. Aun así, debemos recordar que la teoría de los campos concibe a estos espacios de interacción social como estructuras dinámi-

cas cuyos grados de desarrollo y autonomía están en función de su propia historia y, al mismo tiempo, de las funciones sociales que desempeñan al interior de estructuras de dominación más amplias.

Habitus y poder simbólico

Ciertamente los campos producen habitus, que Bourdieu define como un "sistema de disposiciones adquiridas por medio del aprendizaje implícito o explícito que funciona como un sistema de esquemas generadores" (Bourdieu 1990:141). El habitus es un instrumento de traducción y ajuste entre los deseos y aspiraciones de los individuos y las demandas propias de cada campo, y está conformado por procesos de percepción, valoración y acción. Es en torno al habitus como se reconstruye el proceso por el que lo social se interioriza en los individuos y logra que las estructuras objetivas concuerden con las subjetivas (Bourdieu, 1990:34). Es un lugar de negociación donde se produce y reproduce el sentido y donde confluyen tanto las estructuras objetivas (lo estable, lo instituido, la sociedad) como las agencias (lo emergente, lo instituyente, las socialidades), y donde se gestan las transformaciones en las escalas de lo humano, lo social y lo histórico. Mediante el habitus, el orden social se inscribe en los cuerpos posibilitando diversas transacciones emocionales y afectivas con el entorno social. El cuerpo, presente en la realidad y poseído por ella, es un *recordatorio* de las conminaciones sociales.

Y ello es así porque el cuerpo está (en grados desiguales) expuesto, puesto en juego, en peligro en el mundo, enfrentado al riesgo de la emoción, la vulneración, el dolor, la muerte, a veces y, por lo tanto, obligado a tomar en serio el mundo (y no hay cosa más seria que la emoción, que llega hasta lo más hondo de los dispositivos orgánicos). Por ello está en condiciones de adquirir disposiciones que también son apertura al mundo, es decir, a las estructuras mismas del mundo social del que son la forma incorporada (Bourdieu, 1999^a:186).

A través del habitus, el sujeto queda implicado en el mundo y tiende, con su carga de dudas y contradicciones, a actuar de acuerdo con el sentido práctico: la sensatez, la pertinencia, el deber ser, la coherencia, el comportamiento adecuado. Los procesos permanentes de actualización del habitus, a través de las experiencias cotidianas, pasan inadvertidos para el individuo y sólo son revelados en forma de perspectivas, valores y acciones concretas. Así, las situaciones comunes aparecen dotadas de sentido. Podemos afirmar, entonces, que las estructuras se realizan en

las formas de percepción, de pensamiento y de interacción de los sujetos, y no son del todo percibidas ni comprendidas por el sentido común. Lo que es percibido, en cambio, son las resultantes del sentido práctico: aspiraciones, necesidades, deseos, potencialidades, programas de acción intermitentes o duraderos, no necesariamente sometidos a la deliberación, a la planeación estratégica o perfilados siempre por la conciencia y la voluntad. La habilidad o la destreza para hacer cosas, utilizar instrumentos u ocupar un puesto, sin necesidad de grandes cálculos o dispersión inútil de energía, supone una disciplina de adaptación y, en ocasiones, de entrenamiento metódico de los cuerpos con respecto a las exigencias de determinadas posiciones en la estructura de un campo; se requiere "en pocas palabras, haberse dejado utilizar, incluso instrumentalizar, por el instrumento" (Bourdieu 1999^a:189). Lo que conocemos como creación artística, desde esta óptica, es el resultado de la puesta en escena de un tipo de habitus histórica y socialmente constituido y situado en una determinada posición (un puesto instituido o por instituirse) en la estructura del campo de producción artística y, en segundo orden, en la estructura social dominante. Al respecto, Bourdieu afirma:

...el trabajo con el cual el artista hace su obra y, de manera inseparable, se hace a sí mismo como artista (...) puede describirse como la relación dialéctica entre su puesto, que a menudo lo precede y lo sobrevive (...), y su habitus que lo hace más o menos propenso a ocupar este puesto o a transformarlo de manera más o menos completa —lo cual puede ser uno de los prerequisites del puesto (Bourdieu, 1990:228).

De acuerdo al grado de especialización del habitus, que puede manifestarse en la disposición para reconocer las exigencias implícitas y explícitas de un campo concreto, y de las estrategias para relacionarse con otros agentes, es decir, para poner en juego el capital social (que no es más que la capacidad para movilizar recursos vinculados a redes duraderas de relaciones sociales), habrá quienes muestren competencias para apoderarse de ciertas posiciones ya construidas, y quienes sean capaces de crear nuevas posiciones en la compleja estructura de los campos. Dado que el habitus se nos presenta como un sistema de disposiciones (disponibilidad hacia ciertas situaciones, objetos o valores), podemos ubicarlo en el origen de un conjunto de prácticas más o menos especializadas y legitimadas por campos específicos. Al respecto, Pierre Bourdieu comenta:

Cuando la gente puede limitarse a dejar actuar su habitus para obedecer a la necesidad inmanente del campo y satisfacer las exigencias inscritas en él (lo cual constituye para cualquier campo la definición misma de la excelencia), en ningún momento siente que está cumpliendo con un deber y aún menos que busca la maximización del provecho (específico). Así tiene la ganancia suplementaria de verse y ser vista como persona perfectamente desinteresada (Bourdieu 1990:141).

En las diversas experiencias de socialización, a lo largo de la vida, los individuos van reconociendo el valor y el sentido de ciertas cosas mediante la apropiación desigual y desnivelada de los capitales (económico, cultural y social) que se producen y legitiman en diversos campos. Así, el habitus permite el reconocimiento y la identificación de formas concretas de lo social. Los esquemas de percepción, apreciación y acción a través de los cuales los sujetos aprehenden el sentido del mundo, y que se adquieren mediante experiencias duraderas en determinadas posiciones del espacio social, producen a su vez categorías de la realidad. Aquí se funda el principio de la distinción. Los sujetos clasifican su entorno y, al hacerlo, se clasifican a sí mismos, revelando la posición social que los identifica con su grupo de pertenencia y que los distingue de otros grupos sociales. El acceso desigual a ciertos tipos de capitales genera visiones diferenciadas de la realidad y refuerza, al mismo tiempo, las relaciones identitarias entre los miembros de un grupo o sector de clase. En este orden, podemos afirmar que la confluencia entre un habitus (que produce sensibilidad y disponibilidad para reconocer el valor de un objeto) y la oferta de un campo concreto, puede ser la base para la conformación de un público y, simultáneamente, para la construcción de identidades diferenciadas, de acuerdo con determinadas formas de consumo o usos sociales.

Dicho de otra manera, a través de la distribución de las propiedades, el mundo social se presenta, objetivamente, como un sistema simbólico que está organizado según la lógica de la diferencia, de la distancia diferencial. El espacio social tiende a funcionar como un espacio simbólico, un espacio de estilos de vida y de grupos de estatus, caracterizados por diferentes estilos de vida (Bourdieu, 2000^a:136).

Con base en su propia acumulación de capitales, los agentes y grupos dominantes tienen generalmente mayor capacidad para movilizar recursos económicos, sociales y culturales, destinados a convertir su visión del mundo en el punto de referencia del conjunto social. Por lo tanto, este poder objetivo lleva intrínsecamente un poder simbólico, derivados ambos de la legitimidad histórica (ciertamente arbitraria) de determinadas posiciones en la estructura social. De este modo, el poder simbólico

tiende a configurar el espacio y el tiempo de los sujetos, construyendo así categorías de percepción, apreciación y acción, y determinando en consecuencia aquellos esquemas básicos de ordenamiento de la realidad que posibilitan la percepción del mundo como algo evidente. Así, el líder sindical, el jefe de partido, el funcionario, el experto, el catedrático, el empresario, el deportista profesional, el artista, etc., actúan investidos del poder simbólico que les confiere determinadas posiciones en sus campos respectivos. Dichas posiciones, objetos de la lucha, se encuentran legitimadas en función del conocimiento y reconocimiento de los otros; en consecuencia, aquellos que monopolizan el poder simbólico tienen mayor acceso al ejercicio de la violencia simbólica.

El lugar por excelencia donde se materializa el poder simbólico es el lenguaje, las palabras. Aquellas que nombran la realidad y, al nombrarla, la construyen, la expresan y la clasifican. Para Bourdieu, el lenguaje es el territorio privilegiado de la lucha política, lucha por la instauración de formas concretas de ver y hacer el mundo. El poder simbólico, asociado a la violencia simbólica, es un poder de clasificación. Las clasificaciones sociales, generadas desde el habitus, organizan la percepción de la vida y, con base en la incidencia que tienen las representaciones dominantes sobre la realidad objetiva, pueden organizar la vida misma. En síntesis, el poder simbólico se puede traducir en la capacidad de los sujetos para actuar en el mundo a través del lenguaje. Hacer cosas con las palabras, sin embargo, es un ejercicio de poder y violencia simbólicos, cuya práctica es el objeto de disputa de agentes y grupos con diferentes posiciones en las arenas de lo social. Se lucha con las palabras, pero también por la posesión de éstas y por el monopolio de sus medios. Quienes tienen el poder para nombrar, el poder de nominación, tienen al mismo tiempo la fuerza para imponer categorías, clasificaciones, visiones (que a la vez son divisiones) del mundo. La lucha por las clasificaciones es una dimensión fundamental del conflicto social. Siempre que lo dicho tenga una correspondencia con la realidad objetiva, es decir, con los principios del campo que le otorgan sentido y pertinencia al discurso, con la naturalidad y convicción que puede conferir un habitus especializado (constituido a partir de la apropiación y puesta en escena de determinados capitales) y, sobre todo, con la legitimidad que otorgan ciertas posiciones en el espacio social, las palabras y quienes las dicen podrán incidir en la lucha histórica por la conformación de dicha realidad. La fuerza performativa del discurso, capaz de revelar y consagrar determinados modos de sentir y hacer el mundo, de hacerlo visible y constituirlo, está en función de su poder simbólico, que es un poder de

conocimiento y reconocimiento de la palabra, del emisor y del lugar social desde donde habla.

Para terminar

He intentado una aproximación muy general a los conceptos claves del trabajo más sociológico de Bourdieu, el que corresponde a la teoría y el análisis, dejando al margen sus textos de reflexión política y filosófica (*Contrafuegos I y II, La ontología política de M. Heidegger, Argelia entra en la historia*, etc.) y de metodología de investigación (*El oficio de sociólogo*) que, no obstante, bien podrían considerarse como capítulos de un pensamiento crítico siempre en búsqueda de una coherencia entre la generación de conocimiento y la problemática del entorno social. Trate, entonces, de esbozar lo que desde su perspectiva estructural y constructivista podría ser una radiografía del sistema social. Enfocada así, la sociedad deja de comprenderse como una "serie puramente aditiva de individuos simplemente yuxtapuestos" (Bourdieu 2000^a:141) o como colectivos de personas distintas guiadas únicamente por el azar y la espontaneidad. Asimismo, sus tesis toman distancia de las dos perspectivas erróneas derivadas de la visión escolástica: por un lado, la idea mecanicista que sostiene que el comportamiento de los sujetos sólo puede comprenderse como efecto de la acción coercitiva de las estructuras y, por el otro, las teorías que establecen que los sujetos actúan de manera independiente y plenamente consciente, dando por entendido que la acción es resultado de un cálculo de posibilidades y beneficios. Contra ambas corrientes, Bourdieu ha propuesto el concepto de habitus, el cual permite a los sujetos

...llevar a cabo actos de conocimiento práctico, (...) así como engendrar, sin posición explícita de fines ni cálculo racional de los medios, unas estrategias adaptadas y renovadas sin cesar, pero dentro de los límites de las imposiciones estructurales de las que son producto y que los definen (Bourdieu 1999^a:183).

Si uno de los propósitos de la sociología es hacer transparentes los procesos colectivos y poner en evidencia las zonas oscuras del poder, es justo reconocer entonces que Pierre Bourdieu ha heredado a las ciencias sociales un poderoso instrumental teórico metodológico, cuyo reto para las siguientes generaciones de investigadores y pensadores será continuar integrándolo a la problematización de los fenómenos sociales y, sobre todo, discutiéndolo y actualizándolo en beneficio de la producción de conocimiento y de la sociedad en general.

Notas y referencias bibliográficas

Bibliografía

- Andión Gamboa, Eduardo. (1999) *Pierre Bourdieu y la comunicación social*. Universidad Autónoma Metropolitana. México.
- Ansart, Pierre. (1992) *Las sociologías contemporáneas*. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre; Jean-Claude Passeron (2001^a) *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Editorial Popular. Madrid.
- Jean-Claude Chamboredon; et. al. (2001b) *El oficio de sociólogo*. Siglo XXI. Madrid.
- (2002) *Las reglas del arte*. Anagrama. Barcelona.
- (2000^a) *Cosas dichas*. Gedisa. Barcelona.
- (2000b) *Cuestiones de sociología*. Ediciones Istmo. Madrid.
- (1999^a) *Meditaciones pascalianas*. Anagrama. Barcelona.
- (1999b) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama. Barcelona.
- (1998) *La distinción*. Taurus. Madrid.
- (1990) *Sociología y cultura*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México.
- (1983) *Campo del poder y campo intelectual*. Folios. Buenos Aires.
- De Paz, Alfredo. (1979) *La crítica social del arte*. Gustavo Gili. Barcelona.
- García Canclini, Néstor. (1990) *Introducción. La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu*, en Pierre Bourdieu. *Sociología y cultura*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México.